

Comienzan las clases

El comienzo de clases siempre fue, y sigue siendo, un momento de profunda movilización para los que de una manera u otra forman parte de él. Nada dice esto de si se está feliz o triste, resuelto o conflictuado, ansioso o relajado y otros miles de pares antagónicos que se le ocurran al lector. Tampoco esto trata de ser un catálogo de sensaciones pre-inicio de clases. Las lecturas que acompañan esta nota son un breve muestreo de cuáles eran las motivaciones que se proponían a los niños a la hora de comenzar las clases.

A comienzos de siglo XX el tema del aseo (que tendrá en el blog una entrada especial) era de singular importancia ya que no era considerado como algo habitual. La siguiente frase, de la segunda lectura de **“Nuestro libro”** (Los textos están completos y con la cita bibliográfica correspondiente en la barra lateral de esta página) resalta la aprobación y distinción en la escuela fundamentalmente por su **aseo**

“Listo ya, su tazón de rica leche bebe, y feliz y jubiloso vase a su querida escuela, donde sus compañeros y maestros, lo quieren y distinguen por su aseo.”

En **“El sembrador”**, en la primera lectura **“La campana de la escuela”** el niño evocado supone las dificultades que se le presentarán y el esfuerzo que necesitará para recibir **aprobaciones**.

¡Cuán difíciles serían las materias de aquel año! ¡Cuántas cosas tendría que aprender, y aprenderlas bien, para responder a la confianza y al trabajo de su maestra, para satisfacer a sus padres, para poder llegar, con el tiempo, al Colegio Nacional!

Luego, en la misma lectura, se alienta al niño con el “argumento” de que su hermana lo ha logrado y bajo el estímulo de ser “hombre”

Después de todo, no sería tan difícil. Su hermana mayor había aprendido muchas cosas interesantes el año último.

...

Él, un hombre, no debía pensar en las dificultades. Aprendería, y aprendería bien, con toda su voluntad.

La obediencia, la “docilidad”, el reconocimiento y la aprobación, siguen siendo el objetivo y orgullo de los niños protagonistas de estas primeras narraciones de los libros de lectura. Ahora es **“Camino llano”** el que, además de dejar profundas marcas de género (otro de los temas a presentar en entradas futuras) propone:

Yo soy feliz porque estudio y obedezco; procura conseguir esta felicidad. ¡Es tan sencillo lograrla!

Empéñate al hacer tus deberes; da tanta satisfacción una palabra de elogio, que bien vale la pena ganarla con un poco de trabajo.

Cada uno ocupa su banco. A cada niño le toca un banco limpio y lustroso como un espejo. ¿Sabrá conservarlo así hasta el último día de clase?

En general las lecturas hablan de la “maestra” dejando en claro que se trata de una mujer, casi siempre dibujada como una joven blanca, bella y buena. En “**La maestra de tercer grado**” lectura del libro “**Paz y trabajo**”, aparece en la lectura inicial el “inspector”, figura masculina que no solo aprueba las respuestas de los niños sino también a la “señorita”. Acompaña con otra cuota del folclore educativo que estimula la observación de la docente como “segunda madre”.

Cuando el señor inspector abandonó el salón de clase, después de felicitarnos a todos, rodeamos a la señorita, y como si fuese nuestra madre, la abrazamos y le dijimos cosas tiernas y alegres.

La acompañamos hasta su casa y fuimos nosotros, sus alumnos, los primeros en dar la noticia del triunfo a sus padres, que la estaban esperando.

Es una voz casi confesional la que en “**Mi deber de alumna**” (también de “**Paz y trabajo**”) deja en claro la sensación de culpa de una niña. En “tus palabras” y “tu vida” hace referencia a la madre, que es su interlocutora. Luego, con un carácter casi de rezo, se dirige a la maestra que en ningún momento de la narración se sugiere que está presente. Hay un guiño de omnipresencia de la institución escuela en esa frase de la alumna. La estrategia de la tristeza y la rigidez como modeladores del niño.

La expresión de la maestra, y tus palabras, me hacen reflexionar, y advierto que cometí una falta grave. Comprendo ahora que primero es la obligación, después el juego. Y que de otra manera, no podré nunca satisfacer la ilusión de tu vida.

...

Yo sé, mamá, que tú deseas que estudie y que mi conducta sea intachable.

Desde hoy, te lo prometo.

Y a usted también, señorita, para que otra vez no tenga que mirarme con los ojos un poco tristes y llenos de reconvenciones.

Terminamos este pequeño recorrido con una personificación culpógena de un pupitre en “**Mi banco escolar**” del libro “**Alfarero**”. Invita en la segunda lectura a sentir compasión por el banco escolar y a reflexionar sobre lo realizado en otros años.

Tus manos se apoyaron sobre mí para escribir o para descansar; sostuve tus libros y cuadernos, tus herramientas de trabajo manual; te acompañé en tus horas de dolor y en tus momentos de alegría. Y tan ingrato fuiste, que en un instante de irreflexión me has dejado así, marcado para siempre... ¿No estás arrepentido del mal que me has hecho?

Sugiero la lectura de los textos completos. Estos recortes y acotaciones son más el resultado de un lector sorprendido que el de un analista profundo. La sugerencia invita pues, a realizar distintas lecturas y bucear en las marcas que han quedado en la vida cotidiana actual.

Es obvio que este recorte abandona una gran cantidad de miradas. Algunas serán retomadas en otras entradas, otras solo estarán en las reflexiones o pluma de los lectores.

No es pretensión de este espacio la investigación metódica. Como está enunciado en las "Palabras preliminares" es un espacio de intercambio de materiales, de recuperación de palabras, del Pasado en letras.

Jorge Narducci